

Historia de Al-Ándalus (711 · 1492)

La convivencia de tres culturas durante 800 años

Por el Prof. Shamsuddín Elía

La presente es una de las exposiciones realizadas por el Profesor Elía en el seminario “El Islam: Arte, Derecho, Economía, Filosofía, Historia y Teología. XV Siglos de Civilización y Cultura”, que tuvo lugar en Buenos Aires, en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, del 23/10 al 27/11 de 1996.

Introducción

Cuando se habla de España y el Islam, se suele hacer referencia a un concepto con claro significado religioso y a otro con contenido muy directo, de carácter lingüístico. Se habla así, de España musulmana o de España árabe. Sin embargo, en términos populares, con significado antropológico físico en primer lugar, se habla de la España mora. La palabra castellana moro, viene, sin duda, del latín “maurus”, y del griego “mávros”, que significa “oscuro”, “negro”. Escritores latinos como Juvenal (60-140) y Lucano (39-65) mencionan a los mauros, también conocidos como nómadas, que constituían en tiempos de Iugurta (160-104) un pueblo caracterizado por su energía física y belicosidad. Recordemos a la famosa caballería nómada empleada por los cartagineses en las guerras púnicas. La designación étnica en suma, es muy antigua y al principio no tuvo el carácter peyorativo, como lo adquirió después.

Parece claro que la palabra “morisco” se forma como “berberisco”, y es un diminutivo cariñoso que más tarde se empleó para identificar a los hispano-musulmanes que permanecieron en la Península luego de la caída de Granada. Otros sinónimos son moruno, morería, almoraima, etc. La acepción de bereber, que es otra forma de llamar a los moros, está relacionada con la denominación utilizada por griegos y romanos para designar a los pueblos extranjeros: bárbaros. En la antigüedad clásica el norte de Africa era conocido como Berbería o país de los bereberes. El país de los mauros o mauritanos se conocía como Mauritania, que luego fue provincia romana y hoy es un estado islámico.

Los musulmanes de los siglos VII, VIII y IX aplicaron el nombre de al-Andalus a todas aquellas tierras que habían formado parte del reino visigodo: la Península Ibérica, la Septimania francesa y las Islas Baleares. En un sentido más estricto, al-Andalus comprenderá la parte de aquellos territorios administrados por el Islam. Conforme avanzaba la conquista cristiana, su extensión se iba reduciendo progresivamente y a partir del siglo XIII designó exclusivamente al reino nazarí de

Granada. La prolongada resistencia musulmana granadina contra las incursiones castellano-aragonesas permitirá que se fije el nombre de al-Andalus y se perpetúe en el actual de Andalucía.

El islamólogo holandés Reinhart Dozy (1820-1883), autor de la famosa obra Historia de los musulmanes de España, impulsó la teoría que fue apoyada por muchos historiadores modernos según la cual el nombre de al-Andalus está relacionado con los Vándalos, suponiendo sin ningún fundamento, que la Bética pudo llamarse en alguna ocasión Vandalicia o Vandalucía.

Nosotros compartimos la opinión del eminente filólogo español don Joaquín Vallvé, vertida en su trabajo erudito La división territorial de la España musulmana. Éste dice que la expresión árabe Yazîrat al-Andalus (isla de al-Andalus)¹ es una traducción pura y simple de “isla del Atlántico” o “Atlántida”². Los textos musulmanes que dan las primeras noticias de la isla de al-Andalus y del mar de al-Andalus, se clarifican extraordinariamente si sustituimos dichas expresiones por isla de los Atlantes o Atlántida y por mar Atlántico. Lo mismo podemos decir del tema de Hércules y las Amazonas, cuya isla, según los comentaristas musulmanes de estas leyendas grecolatinas estaba situada en el Yauf al-Andalus, lo cual cabe interpretar como al norte o en el interior del Mar Atlántico.

La Entrada de los Musulmanes en la Península

La cuestión de cómo y por qué entraron los musulmanes en la Península Ibérica estuvo sustentada durante muchos siglos por mitos, leyendas y relatos históricos sumamente parciales. Gracias a la labor encomiable e imparcial de estudiosos e investigadores españoles como don Américo Castro (1885-1972), Julián Ribera (1858-1934), Julio Caro Baroja (1914-1995), y Juan Goytisolo (n. en 1931), hemos podido reconstruir una historia que se creía perdida para siempre. Por ejemplo, Ribera ha descubierto gran cantidad de interesante información en la crónica de Ibn Al-Qutiyya, un historiador hispano-musulmán descendiente de los príncipes visigodos, cuyo nombre significa “descendiente de la Goda”. El análisis de los toponimios está rindiendo poco a poco información útil, y recientemente se ha podido demostrar así con casi total certeza que muchos de los bereberes que llegaron a España con los árabes musulmanes eran aun cristianos y luego, más tarde, se islamizaron.

La historia de la España musulmana comienza en el año 711, a finales de abril en que Tariq ibn Ziad, a la cabeza de un ejército de siete mil hombres en el que domina la etnia bereber de la que él forma parte (los árabes eran menos de 300), cruza el estrecho que llevará a partir de entonces su nombre, para desembarcar en la Península Ibérica. El contingente islamo-bereber hizo la travesía a bordo de la flota del conde Don Julián, el antiguo gobernador cristiano de Ceuta que se había puesto al servicio del gobernador musulmán de la Ifriqiiah, Musa Ibn Nusair, con sede en Qairauán (hoy Tunicia).

Ahora hay algo clave para contar. Por un lado, el conde Don Julián era un cristiano unitario, es decir un monoteísta puro, que adhería a las enseñanzas de los cristianos primitivos y de los llamados Padres y Doctores de la Iglesia, como Orígenes (185-254), Clemente de Alejandría (m. 215), Tertuliano (155-220) y Justino Mártir (100-165), y especialmente al obispo griego Arrio (256-336), nacido en Libia, todos ellos defensores de un acendrado monoteísmo que rechazaba la divinidad de Jesús. La doctrina de la Trinidad, recordemos, fue instaurada en la Iglesia Católica recién a partir del Primer Concilio de Nicea, en 325, y produjo un gran cisma entre los cristianos de oriente, partidarios del monoteísmo, y los obispos occidentales liderados por Osio (257-358) que a través del llamado “pacto constantiniano” monopolizaron desde entonces la orientación y el poder de la Iglesia. El historiador español Ignacio Olagüe explica en su obra *La Revolución Islámica en Occidente*, que a partir de entonces “...la doctrina trinitaria fue impuesta a hierro y fuego” por todo el norte de Africa y la Península Ibérica. Eso también explica la relativa facilidad con que los musulmanes avanzaran por esas regiones, y la hospitalidad con que fueron recibidos, particularmente la de los bereberes. Luego de consolidar su dominio en la Ifriqyah (Tunisia) hacia el 670, en 701 alcanzaron el extremo occidental del Magrib y en 708 entraron en Tánger.³

Respecto a Mûsa Ibn Nusair, el historiador musulmán almohade Ibn al-Kardabûs, del siglo XII, nos dice que pertenecía a la escuela de pensamiento shí'î. Su padre había sido Nusair al-Bakri, nacido en 640, a quien el fundador de la dinastía omeya, Mu'awiiah ibn Abî Sufiân había conferido el mando de su guardia, pero él se negó a combatir contra el cuarto califa, 'Alî ibn Abî Tâlib (600-661). Mûsa Ibn Nusair haría la alianza con el arriano conde Don Julián, señor de Tánger y Ceuta. Así, en 710 envió a su lugarteniente Tarif con 500 hombres a ocupar el saliente sur de la Península donde la ciudad de Tarifa lleva su nombre y a la cual impuso un pesado tributo, o sea “la tarifa”, para castigar los excesos de la gobernación visigoda contra los cristianos arrianos de la región. Vale aquí puntualizar que la población mayoritaria de la Península adhería a los principios unitarios y al arrianismo. Por el contrario, la corte y el clero visigodo respondían a los dictados de Roma y al dogma trinitario. La oligarquía visigoda con sede en Toledo explotaba y oprimía hasta los más crueles extremos a sus súbditos arrianos. El profesor Olagüe en la obra ya citada, muy recomendable ciertamente, brinda pormenorizados detalles de este asunto.

Volviendo a nuestro tema anterior del cruce de Tariq, éste al frente de sus hombres desembarcó en las cercanías del famoso peñón al que se dio su nombre: Yabal al-Tariq, “Monte de Tariq”, es decir, Gibraltar. El 19 de julio de ese mismo año, por las orillas del río Guadalete, logra una victoria decisiva sobre el rey visigodo Don Rodrigo. Un mes más tarde, su lugarteniente Mughit ar-Rumi cerca la ciudad de Córdoba. Dice Haim Zafrani en su obra *Los judíos del Occidente Musulmán*: “Durante el asedio, los judíos se encierran en sus hogares esperando impacientemente el desenlace. Contrariamente a lo que sienten por los godos y su clero, no temen en absoluto la llegada de los musulmanes en los que tienen puestas

todas sus esperanzas, pues no olvidan que los reyes visigodos los han oprimido despiadadamente. Sirviéndose de estratagemas, los judíos -según narran los historiadores musulmanes y cristianos- contribuyeron a facilitar la entrada del ejército islámico a la ciudad, celebrando su victoria. Mughit los tomó a su servicio, confiándoles la guardia de la ciudad. Lo mismo ocurrió en Toledo, y en Sevilla, donde Mûsa Ibn Nusair dejó una guarnición judía para mantener el orden”.

A partir de entonces, España entra en el seno de Dar al-Islam, “la Casa del Islam”, y los cristianos arrianos y judíos se integran armoniosamente en el estado musulmán que se va forjando. Así, los judíos españoles, al convertirse en miembros de un dominio que se extiende desde el Atlántico hasta la China, se reencuentran con sus hermanos de las demás comunidades judías de Oriente y de Africa del Norte, reanudando sus lazos socio-culturales y económicos. Por otra parte, los cristianos unitarios españoles consolidan y reafirman su identidad monoteísta junto con sus hermanos en la fe, musulmanes y judíos.

Esta explicación de los orígenes de la España musulmana, tal vez un tanto extensa para el reducido tiempo que tenemos, la creemos necesaria para contrarrestar la historia oficial que sin fuentes ni argumentos serios afirma que España fue conquistada a sangre y fuego por los musulmanes. Como hemos visto, la población nativa mayoritariamente arriana y la numerosa comunidad judía recibieron a los musulmanes como libertadores y comulgaron con su fe, costumbres y tradiciones, que eran prácticamente las mismas que ellos tenían. El pueblo íbero-romano, no se puede hablar de pueblo español en esa época, fue más bien cómplice que conquistado. Además, en menos de una generación, los musulmanes bereberes y árabes se integraron completamente a la población autóctona a través de múltiples matrimonios mixtos, ya que la inmensa mayoría había llegado a España sin mujeres.

Como mejor prueba de lo que aseveramos, se puede decir que los musulmanes pacificaron la Península en menos de dos años y establecieron un estado islámico integrado por cristianos y judíos que llegó a durar casi ocho siglos, hasta 1492. Recordemos que los fenicios y cartagineses habían tratado infructuosamente de sojuzgar a los béticos y celtíberos durante cuatro siglos, y los romanos durante casi seis, provocando espantosas matanzas como aquella de la heroica Numancia, la cual resistió durante 20 años su asedio y fue destruida por las legiones de Escipión Emiliano (185-129 a.C.). Los musulmanes no destruyeron nada de lo que había, sino que reconstruyeron las antiguas obras dejadas por los romanos, como puentes y acueductos, erigiendo una “cultura del agua”, y construyeron monumentos maravillosos que han sobrevivido hasta nuestros días. Hoy se puede afirmar que el 80% de los quince millones de turistas que llegan anualmente a España tienen como meta principal visitar la Giralda -la torre-campanario que fuera el minarete de la mezquita mayor de Sevilla-, la Mezquita de Córdoba y el palacio-fortaleza de la Alhambra de Granada.

Tolerancia y Convivencia

Pero más allá de las obras públicas y arquitectónicas, y los prodigios científicos y culturales de al-Andalus, lo que mejor caracteriza el legado hispanomusulmán es su espíritu de la tolerancia. Si hablamos de la tolerancia del Islam, no se trata de un tópico repetido con fines propagandísticos, sino de una experiencia y una realidad histórica irrefutable. En la llamada Edad de Oro del Islam, cuando el territorio musulmán se extendía de España hasta la China, entre los siglos VIII y XIV, convivían en su seno en un ambiente de libertad y mutuo respeto cristianos arrianos, nestorianos, monofisitas y coptos, judíos, budistas, zoroastrianos, maniqueos e hinduistas, cuyas creencias y tradiciones eran garantizadas por el Islam por el estatuto de Ahl al-Dhimma, es decir, la “Gente del Pacto”. Esto es algo que el Islam puso en práctica hace más de 1400 años y que Occidente a duras penas comenzó a llevarlo a cabo a mediados del siglo XX.

Y es precisamente uno de estos pactos, el firmado entre el godo Teodomiro, gobernador de Orihuela, y ‘Abd al-‘Aziz, el hijo de Mûsa Ibn Nusair, el 5 de abril del año 713, el que conforma el documento más antiguo de la historia andalusí (Ver Apéndice). En virtud de este tratado Teodomiro quedó como gobernador inamovible y Orihuela (la de Miguel Hernández) fue un estado autónomo durante muchos años. Cuando los musulmanes llegaron a la Península, traían un concepto absolutamente revolucionario basado en el Corán y la Sunnah o Tradición del Profeta Muhammad, por el cual se trataba a los seres humanos por igual, respetando sus derechos y propiedades. El pacto entre ‘Abd al-‘Aziz y Teodomiro prueba que hace 14 siglos el Islam no sólo respetaba los derechos humanos, que Occidente recién descubrió hace menos de 300 años, sino que tenía códigos y regulaciones que las propias Naciones Unidas no son capaces de aplicar a las puertas del siglo XXI. Por eso, vale remarcar aquí que ese concepto o idea sobre “el oscurantismo de la Edad Media” tan en boga en los medios de comunicación y en la lectura de los escritores posmodernos, es algo que compete a la historia de Occidente, pero no a la del Islam. Pongamos otro ejemplo muy conocido. Después de afirmar su posición en la Península, los musulmanes escalaron los Pirineos y entraron en Francia. En 732, entre Tours y Poitiers, dos mil kilómetros al norte de Gibraltar, y a 450 kilómetros de Londres y a menos de 200 de París, fue el punto más septentrional que alcanzaron esos predicadores carismáticos. En 735 entraron en Arlés y en 737 llegaron a Aviñón, el valle del Ródano y Lyon. Y aunque en 759 se vieron obligados a retirarse del mediodía francés, sus cuarenta años de circulación por aquellas tierras contribuyeron, en el Languedoc, a la insólita tolerancia de diversas creencias, la pintoresca alegría y el amor romántico y caballeresco que desde entonces caracterizó a los lugareños.

El Esplendor del Califato de Córdoba

El califato de los Omeyas (661-750), con sede en Damasco, nunca dio a España el valor que tenía. Incluso cuando en 750 éste fue reemplazado por el califato de los Abbasíes (750-1100), con capital en Bagdad, el territorio era meramente conocido

como “el distrito de al-Andalus”, gobernado desde Qairauán. Los triunfantes abbasíes ordenaron la muerte de todos los príncipes omeyas. Abdurrahman (731-788), nieto del califa Hisham ibn ‘Abdimalik (691-743), fue el único omeya que consiguió escapar. Perseguido de aldea en aldea, cruzó a nado el ancho Eufrates, pasó a Palestina, Egipto, Ifriqiah, Marruecos y al-Andalus. Así, en 756 fue proclamado califa de Córdoba iniciando uno de los períodos más ilustres de la historia del Islam. Hacia 777, al-Andalus fue invadida por el ejército de Carlomagno (742-814), pero los francos fueron frenados en las puertas de Zaragoza por los soldados de ‘Abdurrahman y su retaguardia aniquilada por una alianza de vascos y musulmanes en Roncesvalles (778), donde cayó el paladín franco Roland o Roldán que dio lugar al cantar de gesta homónimo.

Los sucesores de ‘Abdurrahman I, como Hisham I (788-796), Al-Hakam I (796-822), ‘Abdurrahman II (822-852), Muhammad I (852-886), Al-Mundhir (886-888), ‘Abd-al-lah (888-912), ‘Abdurrahman III (912-961) y Al-Hakam II al-Mustansir, propiciaron un enorme desarrollo de las ciencias y las artes que sería la base del llamado Renacimiento europeo. Los romanos habían construido en Córdoba un templo a Jano; los cristianos lo sustituyeron por una catedral; ‘Abdurrahman I compró el terreno a los cristianos y edificó la famosa Mezquita que con el tiempo sería la más grande de todo el Islam y que ha llegado casi intacta hasta nuestros días. La mezquita original tenía diecinueve portales, con arcos de herradura elegantemente esculpidos con pétreo decoración floral y geométrica, los cuales conducían al Patio de las Abluciones, hoy Patio de los Naranjos. En este rectángulo, pavimentado con baldosas de colores, había cuatro fuentes, cada una tallada en un bloque de mármol tan grande que se habían necesitado setenta bueyes para su transporte desde la cantera. La sala de oración era un bosque de 1290 columnas, que dividían el interior en once naves principales y veintiuna secundarias. De los capiteles de las columnas partía una variedad de arcos, semicirculares, apuntados, de herradura, la mayoría con dovelas alternadamente rojas y blancas. El techo de madera estaba tallado en cartelas que ostentaban inscripciones, muchas de ellas coránicas. Colgaban de él 200 candelabros que sostenían 7000 tazas de aceite perfumado que les llegaban de depósitos constituidos por campanas cristianas invertidas, también suspendidas del techo. El historiador musulmán argelino al-Maqqari (1591-1632) considera a la Mezquita de Córdoba “el más bello templo del Islam en el mundo”.

Los historiadores musulmanes nos pintan las ciudades andalusíes como colmenas de poetas, eruditos, juristas, médicos y científicos. Al-Maqqari llena sesenta páginas con sus nombres. Como cifras ilustrativas del apogeo de Córdoba durante la época islámica se afirma que ésta llegó a tener casi un millón de habitantes (hoy tiene menos de 300 mil), con 1836 mezquitas, 800 de las cuales estaban en el arrabal de Saqunda. El número de sus baños públicos era de 700, el de sus fondas y hospederías era de 1600 y había además 30.452 tiendas y comercios. Las escuelas públicas sumaban 25. El circuito amurallado de la ciudad tenía una superficie de 2.690 Ha. Córdoba poseía un notable y revolucionario

sistema de albañales y aguas corrientes, a lo que se sumaba una red de alumbrado público y un ingenioso método de irrigación de la vega circundante a través de norias y acequias que extraían el agua del río Guadalquivir (del árabe: uadi al-kabir, "el río grande"). Debe destacarse que en esa época, a mediados del siglo X, París y Londres eran aldeas casi desconocidas, y la gran mayoría de las ciudades de la Europa no musulmana se hallaban en las más absolutas condiciones de insalubridad y primitivismo.

Al-Andalus llegó a contar con setenta bibliotecas públicas, ya que casi todos allí sabían leer y escribir, mientras que en la Europa cristiana, a menos que pertenecieran al clero, no sabían.

La biblioteca del califa cordobés al-Hakam II llegó a contener 400 mil tomos, 44 de los cuales formaban el catálogo de los restantes. Y al-Hakam los había leído todos. Un manuscrito andalusí en papel de algodón que hoy guarda la biblioteca del Escorial, del año 1009, prueba que los musulmanes fueron los primeros en sustituir el pergamino por el papel. Las bibliotecas de la Europa no musulmana tenían menos de cien libros en esa época.

Había centenares de teólogos y gramáticos; los retóricos, filólogos, lexicógrafos, antologistas, historiadores, biógrafos eran legión. Ibn Hazm (994-1064), el famoso autor de El collar de la paloma, además de servir como visir (ministro) a los últimos califas cordobeses, era teólogo, exégeta del Corán e historiador de gran erudición. Su Libro de las religiones y sectas, donde se discute el judaísmo, mazdeísmo, cristianismo y las principales escuelas de pensamiento del Islam, es uno de los primeros ensayos del mundo sobre religiones comparadas.

A pesar de esta bonanza, el califato cordobés se vio involucrado en una guerra civil que determinó su caída hacia 1031. La España musulmana se desintegró en veintitrés taifas o ciudades-Estados, demasiado atareadas con sus intrigas y luchas mezquinas para detener la gradual absorción de al-Andalus por castellanos y aragoneses. Irónicamente, cada avance de los cristianos sobre al-Andalus dejaba entrar una ola de literatura, ciencia, filosofía y arte islámico en la cristiandad. Así la captura de Toledo en 1085 hizo adelantar inmensamente los conocimientos de los cristianos en astronomía y reveló la doctrina coránica de la esfericidad de la tierra 400 años antes de Colón. Y aquí hay que destacar el mecenazgo y la protección de este legado por Alfonso X el Sabio (véase, Francisco Marquez Villanueva: El legado alfonsí. Madrid, 1996).

El Faro de Europa

Al-Andalus contribuiría con más de mil traducciones de los clásicos griegos al árabe, luego llevadas al latín por eruditos cristianos visitantes de la España musulmana, como Gerberto de Aurillac (938-1003), que luego fue el Papa Silvestre II; Adelardo de Bath (siglo XII), el viajero y filósofo inglés que tradujo del árabe los Elementos de Euclides; Miguel Escoto, el polímata de origen escocés, que llegó a Toledo en 1217 y cuya primera traducción importante fue la Esférica de Abu Is'hâq

al-Bitruji, el Alpetragius de los latinos, natural de Pedroche (cerca de Córdoba), que vivió en el siglo XII; y el eminente sabio y sacerdote inglés Roger Bacon (1220-1292), conocido como el Maestro Maravilloso (Doctor Mirabilis), quien hacia 1270 dijo: “La filosofía de Averroes -el filósofo y médico hispano musulmán Ibn Rushd (1126-1198)-, tiene actualmente el sufragio unánime de los doctos”. Por éstas y otras afirmaciones en favor de la ciencia y la cultura del Islam, Bacon fue acusado de herejía por la Iglesia en 1278 y confinado de por vida.

Sobre otros grandes sabios andalusíes como Ibn Bayya (Avempace, 1070-1138), Ibn Tufail (1110-1185) e Ibn ‘Arabi de Murcia (1165-1240), recomendamos leer la obra de Miguel Cruz Hernández Historia del pensamiento islámico, reeditada este año por Alianza en 3 vols. (Vol. 2: El pensamiento de al-Andalus. Siglos IX-XIV).

La Europa cristiana recibió del Islam español alimentos y recetas de cocina, bebidas, fármacos y medicamentos, armas, heráldica, temas y gustos artísticos antes absolutamente desconocidos, artículos y técnicas industriales y comerciales, costumbres y códigos marítimos y a menudo palabras para estas cosas (el castellano tiene un 30% de términos derivados del árabe): naranja, limón, azúcar, jarabe, sorbete, julepe, elixir, jarra, azul, arabesco, sofá, muselina, bazar, caravana, tarifa, aduana, almacén, almirante, rambla, etc., etc. El juego de ajedrez llegó a Europa procedente de la India por la vía del Islam hispano, tomando las palabras persas en el camino; “jaque mate” viene del persa shah mat, “el rey ha muerto”. Algunos de los principales instrumentos utilizados más tarde en Occidente llevan en su nombre la prueba de su origen: laúd, guitarra, tambor, adufe. La Europa cristiana no fue invadida por alfanjes y cimitarras, sino por otros ignotos invasores como álgebra, cero, cifra, azimut, alambique, zenit, almanaque y astrolabio.

Las Dinastías Bereberes: Almorávides y Almohades

La pérdida de Toledo y la consecuente arremetida del rey de León y Castilla, Alfonso VI contra al-Andalus, hizo reflexionar a los príncipes de las taifas y pedir ayuda a una nueva dinastía bereber surgida en el Magrib, los almorávides o morabitos, que eran unos soldados místicos oriundos del sur marroquí. Su líder, Yusuf ibn Tashufín, hombre de gran valor, piedad y prudencia, cruzó su ejército a través del estrecho y con los refuerzos recibidos en Málaga, Granada y Sevilla venció a las fuerzas de Alfonso en la batalla de Zalaca (23 de octubre de 1086), cerca de Badajoz. Allí comenzó el gran renacimiento de al-Andalus que continuó con los califas de la dinastía de los almohades (al-muahhidún: defensores del tauhîd o monoteísmo). Los almohades fueron constructores entusiastas. Primero construyeron para la defensa y rodearon a sus ciudades más importantes con poderosas murallas y torres, como la Torre del Oro, una de un grupo de doce que guardaban al Guadalquivir en Sevilla. Luego erigieron el Alcázar en 1181. El mismo califa Abu Yaqub Yusuf que empezó el Alcázar construyó en 1171 la mezquita mayor de Sevilla, luego destruida por los cristianos victoriosos quienes edificaron en su lugar primero una iglesia (1248) y luego la catedral gótica (1401) que ha llegado hasta

nuestros días. El califa almohade, para celebrar su victoria sobre Alfonso VIII de Castilla en la batalla de Alarcos (julio de 1195), cerca de Ciudad Real, hizo erigir el magnífico alminar de la citada mezquita, torre que hoy conocemos por la Giralda (luego convertida en campanario de la catedral), y que fue terminada en 1198. Su altura durante la época islámica era de 76 metros y el fulgor que despedían al sol las cuatro manzanas de bronce dorado de diámetro decreciente que coronaban el remate de la torre se podía divisar a 20 kilómetros de distancia y servía a los musulmanes de las comarcas aledañas como referencia para sus orientaciones hacia La Meca.

El reino nasrí o nazarí de Granada fue el único estado andalusí que sobrevivió al avance cristiano en el siglo XIII, luego de la derrota almohade en la batalla de las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212). Su fundador, Muhammad Ibn Nasr al-Ahmar ordenó en 1239 la erección del edificio más famoso de España: la Alhambra, esto es, “La Roja” (ar.: al-Hamra’), que luego se convertiría en la joya más hermosa del Islam en Europa y en una de las siete maravillas del mundo moderno.

La España almohade se había quebrado en taifas que fueron conquistadas por los cristianos una a una: Córdoba en 1236, Valencia en 1238, Sevilla en 1248. Los hostigados musulmanes se retiraron a Granada, donde la Sierra Nevada suministraba una defensa natural, y campos bien regados florecían en olivares y naranjales. Una sucesión de prudentes gobernantes sostuvo a Granada y sus dependencias: Jerez, Jaén, Almería y Málaga, contra repetidos ataques cristianos; revivieron el comercio y la industria, floreció el arte y las ciencias. El pequeño reino sobrevivió durante casi 260 años (1232-1492) como el último baluarte europeo de una civilización por la que al-Andalus, durante ocho siglos, fue un honor para la humanidad.

Mozárabes y Judíos

Son muy numerosos en un principio, los cristianos llamados mozárabes por sus compatriotas musulmanes -término que viene de musta’rab, es decir el “seudoárabe”-, puesto que en todo asemejaban a aquéllos, ya que hablaban, se vestían y vivían, en suma, de la misma manera; tan sólo eran distintos por la adscripción a otra religión. Más tarde, a partir del siglo X, muchos mozárabes se convierten al Islam, y son denominados muladíes (mual-ladûn), si son descendientes de matrimonios mixtos, y musálima, si se han convertido por propia convicción. Estos últimos serán cada día más, quedando los auténticos mozárabes como una minoría. El profundo respeto de la libertad religiosa contenido en la ley coránica permitió a los mozárabes gozar de una autonomía interna considerable. Administrativamente dependían de un “comes” de origen visigodo. La justicia se regía según leyes propias y los impuestos eran recaudados por un mozárabe, el “exceptor”. Este espíritu de tolerancia hizo posible que mozárabes y judíos lograsen, sin demasiados obstáculos, cargos en la diplomacia, el ejército y el propio

gobierno musulmán. En dos terrenos se manifiesta claramente la singularidad del estilo mozárabe: arquitectura e iluminación de manuscritos. Las características de las iglesias mozárabes, en las que se combinan elementos de la tradición visigótica con influjos musulmanes, son los arcos de herradura, los capiteles de tipo corintio y elementos de decoración esculpida. La miniatura mozárabe, proyectada por el arte islámico, está considerada como una de las escuelas más originales de todas las que en esta especialidad produjo el arte medieval. Sobresalen ejemplares como los ilustrados del "Comentario del Apocalipsis" de Beato de Liébana (monje asturiano muerto en 798). Entre otros miniaturistas y calígrafos mozárabes, destacan Magius y Florencio.

Podemos juzgar de la atracción ejercida por el Islam en los cristianos por una carta de 1311, que calcula la población musulmana de Granada en esa época en 200.000 habitantes, de los cuales todos menos 500 eran descendientes de cristianos convertidos al Islam (citado por Sir T. W. Arnold, *The Preaching of Islam*, Nueva York, 1913, pág. 144). Los cristianos a menudo declaraban preferir el gobierno musulmán al cristiano (citado por S. Lane-Poole, *Story of the Moors in Spain*, Nueva York, 1889, pág. 47). Un autor cristiano de la época de 'Abdurrahman II, llamado Alvaro (siglo IX), en su manuscrito homónimo, dice lo siguiente:

"Mis correligionarios se complacen en leer las poesías y las novelas de los árabes: estudian los escritos de los filósofos y teólogos musulmanes, no para refutarlos, sino para formarse una dicción árabe correcta y elegante. ¡Ay!, todos los jóvenes cristianos que se distinguen por su talento, no conocen más que la lengua y literatura de los árabes, reúnen con grandes desembolsos inmensas bibliotecas, y publican dondequiera que aquella literatura es admirable. Habladles por el contrario, de libros cristianos, y os responderán con menosprecio que son indignos de atención. ¡Qué dolor! Los cristianos han olvidado hasta su lengua, y apenas entre mil de nosotros se encontraría uno que sepa escribir como corresponde una carta latina a un amigo; pero si se trata de escribir árabe, encontrarás multitud de personas que se expresan en esta lengua con la mayor elegancia, desde el punto de vista artístico, a los de los mismos árabes" (De El manuscrito de Alvaro, en la España Sagrada, por Flórez, Risco, etc. 2da. edición, 47 vols., Madrid, 1754- 1850, págs. 273-275. Citado por R. Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, Turner, Madrid, 1984, Tomo II, págs. 92 y 93).

Los judíos, como ya hemos visto, ocupan desde épocas tempranas importantes puestos en la administración y el gobierno andalusí. Ciudades como Lucena, Toledo, Córdoba y Granada, albergan importantes comunidades judías. Por ejemplo, Hasdai Ibn Shaprut (915-975), médico famoso, hábil diplomático y gran traductor del griego al árabe, estuvo al servicio, en su calidad de visir (ministro), de 'Abdurrahman III, en Córdoba; Samuel ben Yusuf Halevi, conocido por los musulmanes por el nombre de Isma'il Ibn Nagrilah (993-1056), llamado también Ha-Nagid -el Príncipe-, fue también un gran sabio, poeta y ministro en la Granada de los ziríes hasta su muerte. Fue sucedido por su hijo Yusuf Ibn Nagrilah. Uno de los más celeberrimos del judaísmo y de al-Andalus fue el Rabí Moshe ben Maimón

(1135-1204), en árabe Mûsa Ibn Maimûn al-Qurtubí (“el Cordobés”), el Maimónides de los latinos, médico, jurista, filósofo, un polígrafo por excelencia, que llegó a ser médico personal del liberador de Jerusalén, el sultán Salahuddín al-Aiiubi (1137-1193), nuestro Saladino. Maimónides junto con su conciudadano, colega y amigo Averroes, influyó notablemente en el pensamiento filosófico y religioso de la Europa cristiana, como por ejemplo en la Summa Teológica de Tomás de Aquino (1224-1274). Otros grandes sabios judíos andalusíes fueron el zaragozano Bahía ibn Paqudah, moralista, cabalista y poeta (siglos XI-XII); el malagueño Salomón ibn Gabirol (1022-1070), latinizado Avicibrón, poeta y filósofo; y el sevillano Ben Sahl (1212-1251), notable poeta que se convirtió al Islam, destacándose en el estudio de las ciencias coránicas, llegando a ser secretario del gobernador de Ceuta. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que al-Andalus no fue solamente la Edad de Oro del Islam, sino también del Judaísmo.

Mudéjares y Moriscos

Los mudéjares (del ar.: mudayyan = domesticado, domeñado), eran los musulmanes de los reinos hispanos medievales a quienes se les permitía quedarse en su lugar de residencia, bajo determinadas condiciones. Esta categoría comenzó a ser común a partir de la toma de Toledo en 1085. A partir de ese momento existió la condición de mudéjar, pero no la denominación. En los documentos oficiales o privados, escritos en latín y en romance que hacen referencia a los mudéjares, se ignora absolutamente dicho término, se habla de forma imprecisa de moros o sarracenos. Las morerías y aljamas en ese tiempo van a ser algo así como ghettos de las ciudades cristianas, acentuándose con ello el aislamiento de los mudéjares. En el siglo XV, la política de los reyes de Castilla y Aragón se tornó violentamente represiva, especialmente con la llegada a Granada del cardenal inquisidor Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517). Cisneros impuso la cristianización de los musulmanes por la fuerza, inició persecuciones, ordenó la quema de ocho mil manuscritos islámicos en la puerta de Bibarrambla, en el acceso a la Alhambra, en 1499, y expulsar a quienes no se convirtieran al cristianismo. Por esa época había dos clases de musulmanes: los unos eran mudéjares viejos, y los otros, los granadinos, nuevos o moriscos. El sociólogo norteamericano Noam Chomsky, nos dice al respecto: “En 1492, la comunidad judía de España fue expulsada por la fuerza. Millones de moriscos tuvieron el mismo destino. En 1492, la caída de Granada, que puso fin a ocho siglos de soberanía musulmana, permitió a la Inquisición española ampliar su bárbaro dominio. Los conquistadores destruyeron libros y manuscritos estimables, riquísimos testimonios del saber clásico, y destruyeron la civilización que había florecido bajo el dominio musulmán, mucho más tolerante y más culta. El camino quedó allanado para el declive de España, y también para el racismo y la brutalidad de la conquista del mundo” (N. Chomsky, Año 501. La conquista continúa, Libertarias, Madrid, 1993, pág.12).

Los conquistadores españoles repetirían esos crímenes en América contra las espléndidas y sapientísimas culturas indígenas mesoamericanas, como en el caso de la destrucción de los códices mayas por Fray Diego de Landa (1524-1579).

El mudejarismo será el movimiento artístico hispanomusulmán bajo dominio cristiano, que florecerá en España desde el siglo XIII al XVI, y en sus colonias hasta principios del XIX con la denominación de “Colonial”. Hoy día, podemos apreciar las iglesias mudéjares a lo largo y a lo ancho de toda América Latina, desde Cuba hasta el norte argentino, como la bellísima catedral de la Virgen de la Candelaria, en la población de Copacabana a orillas del Lago Titicaca, a más de 3.800 metros sobre el nivel del mar, construida entre 1610 y 1620.

Viajeros y Poetas Andalusíes

El término arábigo rihla significa “viaje, periplo, itinerario, relato de viaje”. En el siglo XII aparece algo nuevo en las letras islámicas, el género de la rihla, que ocupará un destacado lugar, cuyo valor e interés radica más en su naturaleza de documento histórico que en su aspecto literario. La causa de esta aparición se debió al importante flujo de viajeros y peregrinos andalusíes que se trasladaban desde la Península y el Magrib hacia La Meca y otras ciudades santas del Islam. Es muy famosa la rihla del tangerino Ibn Battuta (1304-1377), quien estuvo viajando por más de veinticinco años desde al-Andalus hasta la China, visitando las ciudades y los pueblos de casi todo el mundo islámico. Sin embargo, la rihla por excelencia, por su contenido literario y seriedad histórica, es la del valenciano Ibn Yubair (1145-1217), que pereció en uno de sus viajes. Hubo otras rihlas muy interesantes que tuvieron como protagonistas a viajeros esforzados y curiosos, como el granadino Abu Hamid (1080-1169), el andalusí Ibn Said al-Magribi (1208-1286), el historiador argelino Al-Maqqari (1591-1632), y el magrebí Al-Ayyasi (1628-1679).

Otro gran viajero andalusi fue Benjamín de Tudela (1130-1175), quien entre 1159 y 1173 realizó un extenso periplo que lo llevó de su Tudela natal, en Navarra, hasta Bagdad, y probablemente Persia y el Uzbekistán, donde conoció y estrechó lazos con todas las comunidades judías del mundo islámico, sin necesidad de pasaportes o salvoconductos, con total libertad, como si fuera un musulmán, lo cual da fe su Libro de Viajes.

La poesía andalusí es vastísima y nuestro tiempo es dramáticamente escaso. Sin embargo, queremos hacer mención de dos grandes poetas muy representativos. Uno es el valenciano Ibn Jafaya de Alcira (1058-1138), que tuvo el sobrenombre de “El jardinero”, porque fue especialista en describir flores y jardines. Luego de convertirse en cantor de la naturaleza y recibir el apodo ya mencionado, se hizo asceta (zâhid), escribiendo numerosos poemas sobre el misticismo islámico. He aquí dos pequeñas composiciones suyas:

“Oh, tú, que de todo el reino de Cosroes (el emperador persa sasánida derrotado por los musulmanes) te contentas con un pedazo de pan, sabes que la verdadera riqueza es la eternidad, no las larguezas de Cosroes”.

“Dichoso el que, por temor de Dios, reza sus oraciones cuando la noche dibuja su túnel de tinieblas”.

El otro es Ibn Zamrak (1333-1392) de la Granada nazarí, quien así habla de su querida urbe:

“Detente en la explanada de la Sabika (la ciudadela de la Alhambra) y mira a tu alrededor:

“La ciudad es una dama cuyo marido es el monte.

Está ceñida por el cinturón en su garganta...

Mira las arboledas rodeadas por los arroyos: son como invitados a quienes escancian las acequias...

La Sabika es una corona sobre la frente de Granada,

en la que querrían incrustarse los astros.

Y la Alhambra (¡Dios vele por ella!)

es un rubí en lo alto de esa corona”.

Conclusión

Los que desconocían la temática se sorprenderán de la longitud de estos comentarios sobre la civilización islámica de al-Andalus, y el erudito o el académico se lamentará de su brevedad. No quisiéramos concluir sin dejar de mencionar unas palabras que el escritor español Juan Goytisolo compuso para el prólogo de la obra *La arquitectura del Islam occidental* (Lunwerg):

“Digámoslo bien alto: el complejo de inferioridad acerca del retraso histórico y nuestro pasado árabe ha perdido su razón de ser. En la Europa Comunitaria a la que nos hemos incorporado, nuestra diferencia no ha de ser ya un recordatorio penoso ni causa de frustración: la huella musulmana en nuestro suelo, visible en todos sus ámbitos, es expresión al contrario de una riqueza y originalidad únicas. Ningún país europeo cuenta con un patrimonio como el legado de al-Andalus y ello no redunda en mengua de nuestro europeísmo. Somos europeos distintos, europeos en más”.

“El extraordinario patrimonio artístico y cultural de al-Andalus formó parte durante centurias del mundo occidental antes de ser desalojado de él por la nueva idea de Europa, devuelta a sus raíces helénicas sin intermediario de los árabes, forjada en el Renacimiento. Esa Europa inventada a finales del siglo XV separó brutalmente las dos orillas del Mediterráneo y repudió como ajena la realidad cultural que la alimentó durante la Edad Media. Es hora ya, próximos a entrar en el nuevo milenio, de que reincorporemos dicho patrimonio al lugar que le co-

rresponde: como expresión de una occidentalidad distinta, representada por al-Andalus en el terreno de la arquitectura, filosofía, ciencia y literatura”.

“Las grandes creaciones omeyas, almoravides, almohades y nazaríes -frutos de los trasvases y corrientes migratorias entre la Península y el actual reino de Marruecos, así como sus ramificaciones magrebies, sursaharianas y mudéjares-, han de ser vistas hoy como paradigma de una visión ecuménica que incluya a las naciones de diferencia, anomalía, mezcolanza y fecundación”.

Nosotros los indohispanoamericanos, somos los herederos de esta herencia inapreciable. Aquí en América, en Argentina, las huellas de la herencia andalus son palpables y cotidianas. Basta mencionar el gaucho (del árabe uahsh = resero indómito, montaraz) y su cultura criolla, del aljibe (ár. al-yubb = el pozo, cisterna) a la guitarra (ár. qitar = instrumento de cuerdas). Sepamos conocerla y preservarla.

Y para terminar, nos remitimos al lema de Al-Zubaidi (muerto en 989), que fuera preceptor del califa cordobés al-Hakam II:

“Todas las tierras, en su diversidad, son una.

Y los hombres todos son vecinos y hermanos”.

APENDICE: Texto del pacto de Teodomiro y ‘Abd al-‘Aziz Ibn Mûsa Ibn Nusair, citado por el historiador hispano-musulmán Ibn Idharí (que vivió hacia 1270), en su obra Al-Baiân al-Mugrib, traducida por el profesor Felipe Maíllo Salgado, bajo el título: La caída del califato de Córdoba y los reyes de taifas, Salamanca,1993:

En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Edicto de ‘Abd al-‘Aziz ibn Mûsa Ibn Nusair a Tudmir ibn Abdush (esto es, Teodomiro, hijo de los godos). Este último obtiene la paz y recibe la promesa, bajo la garantía de Dios y su Profeta, de que su situación y la de su pueblo no se alterará; de que sus súbditos no serán muertos, ni hechos prisioneros, ni separados de sus esposas e hijos; de que no se les impedirá la práctica de su religión, y de que sus iglesias no serán quemadas ni desposeídas de los objetos de culto que hay en ellas; todo ello mientras satisfaga las obligaciones que le imponemos. Se le concede la paz con la entrega de las siguientes ciudades: Orihuela, Baltana, Alicante, Mula, Villena, Lorca y Ello. Además, no debe dar asilo a nadie que huya de nosotros y sea nuestro enemigo; ni producir daño a nadie que huya de nosotros o sea nuestro enemigo; ni producir daño a nadie que goce de nuestra amnistía; ni ocultar ninguna información sobre nuestros enemigos que pueda llegar a su conocimiento. Él y sus súbditos pagarán un tributo anual, cada persona, de un dinar en metálico, cuatro medidas de trigo, cebada, zumo de uva y vinagre, dos de miel y dos de aceite de oliva; para los sirvientes, sólo una medida. Dado en el mes de Rayab, año 94 de la Hégira (713 d.C.). Como testigos, ‘Uzmân ibn Abi ‘Abda, Habîb ibn Abi ‘Ubaida, Idris ibn Maisara y Abul Qâsim al-Mazâli.

Bibliografía

Al-Andalus y el caballo. Lunweg, Barcelona,1995.

Al-Andalus y el Mediterráneo. Lunweg, Barcelona, 1995.

Andalucía en América. El legado de ultramar. Lunweg, Barcelona, 1995.

Arquitectura en al-Andalus. Lunweg, Barcelona, 1995.

El agua en la agricultura de al-Andalus. Lunweg, Barcelona,1995.

El legado andalusí. Las Rutas de al-Andalus. Granada,1995.

El mudéjar iberoamericano: del Islam al nuevo mundo. Lunweg, Barcelona,1995.

El zoco: vida económica y artes tradicionales de al-Andalus y Marruecos. Lunweg, Barcelona,1995.

Casas y palacios de al-Andalus. Lunweg, Barcelona, 1995.

La imagen romántica del legado andalusí. Lunweg, Barcelona, 1995.

Música y poesía al sur de al-Andalus. Lunweg, Barcelona,1995.

Arié, R.: España musulmana (siglos VIII-XV). Vol. III de Historia de España, dirigida por M. Tuñón de Lara, Labor. Barcelona, 1984.

Asín Palacios, Miguel: La Escatología musulmana en la Divina Comedia, Hiperión, Madrid, 1984.

Asín Palacios, Miguel: Sadilíes y alumbrados. Hiperión, Madrid, 1985.

Asín Palacios, Miguel: Tres estudios sobre pensamiento y mística hispanomusulmana, Hiperión, Madrid, 1989.

Averroes: Exposición de la "República" de Platón, Tecnos, Madrid, 1985.

Barrucand, Marianne / Bednorz Achim: Arquitectura Islámica en Andalucía, Taschen, Colonia, 1992.

Bastide, Roger: Sociología de la religión, Júcar Universidad, 2 vols., Tomo I, Cap. VII: El Islam negro en Brasil, págs. 279-303, Madrid,1986.

Ben Sahl de Sevilla: Poemas. Hiperión, Madrid, 1994.

Benjamín de Tudela: Libro de viajes. Riopiedras Ediciones, Barcelona,1989.

Bramon, Dolores: Contra moros y judíos. Península, Barcelona,1989.

Burckhardt, Titus: La civilización hispano-árabe. Alianza, Madrid,1919.

Chejne, Anwar G.: Historia de España Musulmana. Cátedra, Madrid,1980.

De los Ríos, José Amador: Historia de los judíos de España y Portugal. 3 vols., Turner, Madrid, 1984.

De los Ríos, Radrigo Amador: La leyenda del rey bermejo. Editorial Árábigo-Argentina "El Nilo", Buenos Aires, 1948.

Djaït, Hichem: Europa y el Islam. Al-Quibla / Libertarias, Madrid,1990.

Domínguez Ortiz, Antonio / Vicent, Bernard: Historia de los moriscos, Alianza, Madrid, 1984.

Dozy, Reinhart P.: Historia de los Musulmanes de España, 4 vols., Turner, Madrid, 1984.

Elexpuru, Inés / Serrano, Margarita: Al-Andalus. Magia y seducción culinarias. Editorial Al-Fadila, Madrid,1991.

Epalza, Mikel de: Fray Anselm Turmeda ('Abdallah al-Taryumán') y su polémica islamo-cristiana. Hiperión, Madrid, 1994.

Falcón Márquez, Teodoro: La Giralda. Rosa de los vientos. Public. Exma. Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla,1989.

Falcón Márquez, Teodoro: La Torre del Oro. Idem, Sevilla,1983.

Fierro Bello, María Isabel: La heterodoxia en al-Andalus durante el período omeya. Instituto Hispano-Arabe de Cultura, Madrid,1988.

Ford, Richard: Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Turner, Madrid, 1988.

Friederici, Georg: El carácter del descubrimiento y de la conquista de América. 3 vols. Fondo de Cultura Económica, México,1987.

Garaudy, Roger: El Islam en Occidente. Córdoba, capital del pensamiento unitario. Breogan, Madrid,1987.

García Arenal / Leroy Beatrice: Moros y judíos en Navarra en la baja Edad Media, Hiperión, Madrid, 1988.

García Gómez, Emilio: Cinco poetas musulmanes, Austral, Madrid,1959.

García Gómez, Emilio: Foco de antigua luz sobre la Alhambra. Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, Madrid,1988.

Gibbon, Edward: Historia de la decadencia y ruina del imperio romano. Tomo VI: La aparición del Islam (412-1055), Turner, Madrid,1984.

Girón, Fernando: Occidente islámico y medieval, Akal, Madrid,1994.

González Palencia, Angel: Historia de la literatura española. Labor, Madrid,1928.

Goodwin, Godfrey: España islámica. Debate, Madrid, 1991.

Grabar Oleg: La Alhambra: iconografía, formas y valores. Alianza, Madrid, 1980.

Greus, Jesús: Así vivían en al-Andalus. Anaya, Madrid,1991.

Hallar, Ibrahim H.: Descubrimiento de América por los Arabes. Edición del Autor, Buenos Aires, 1959.

Hallar, Ibrahim H.: El Gaucho. Su originalidad arábica. Edición del Autor, Buenos Aires, 1963.

Hayyayi, Hamdan: Vida y obra de Ibn Jafaya, poeta andalusí. Hiperión, Madrid,1992.

Ibn al-Abbar: La epopeya de los alíes. Shiítas y sunnitas en al-Andalus. Miraguano, Madrid, 1990.

Ibn al-Arabi: Los engarces de la sabiduría. Hiperión, Madrid, 1994.

Ibn al-Arabi: Tratado de la Unidad. Editorial Sirio, Málaga, 1987.

Ibn al-Jatib: Libro de Higiene. Univ. de Salamanca, Salamanca, 1984.

Ibn al-Kardabús: Historia de al-Andalus. Akal bolsillo, Madrid, 1993.

Ibn Battutta: A través del Islam. Alianza, Madrid, 1993.

Ibn Gabirol: La fuente de la vida. Corona real. S. Sigal, Buenos Aires, 1961.

Ibn Hazm de Córdoba: El collar de la paloma. Alianza, Madrid,1979.

Ibn Hudayl: Gala de Caballeros, Blasón de Paladines. Editora Nacional.

Ibn Idari: Al-Bayán al-Mugrib. Nuevos fragmentos almorávides y almohades. Textos medievales 8, Valencia,1963.

Ibn Pakuda: Doctrina de los deberes de los corazones. S. Sigal, Buenos Aires,1958.

Infante, Blas: Fundamentos de Andalucía. Fundación Blas Infante, Sevilla,1984.

Irving, Washington: Cuentos de la Alhambra, Porrúa. México, 1992.

Jah, Cherif Abderrahman / López Gómez, Margarita: El enigma del agua en al-Andalus. Lunweg, Barcelona, 1995.

Lacave, J. L. / Armengol, M. / Ontañón, F.: Sefarad. La España judía. Lunweg, Barcelona, 1992.

León el Africano: Descripción General del Africa. Lunweg, Barcelona,1995.

- Levi-Provençal, E.: España musulmana. Hasta la caída del califato de Córdoba. (711-1031 d.J.C.). Vols. IV y V de Historia de España de R. Menéndez Pidal, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.
- Levi-Provençal, E.: La civilización árabe de España. Austral, Madrid, 1977.
- Leyendas moriscas. Miraguano Ediciones, Madrid, 1984.
- López-Baralt, Luce: Huellas del Islam en la literatura española. De Juan Ruiz a Juan Goytisolo. Hiperión, Madrid, 1985.
- López-Baralt, Luce: San Juan de la Cruz y el Islam. Hiperión, Madrid, 1985.
- Macnab, Angus: España bajo la media luna. Ediciones de Tradición Unánime, Olañeta, Editor, Palma de Malforca, 1988.
- Maíllo Salgado, Felipe: España. Al-Andalus. Sefarad: síntesis y nuevas perspectivas. Univ. de Salamanca, Salamanca, 1990.
- Maíllo Salgado, Felipe: Los arabismos del castellano en la Baja Edad Media. Salamanca, 1991.
- Maíllo Salgado, Felipe: Salamanca y los Salmantinos en las Fuentes Arabes, Centro de Estudios Salmantinos, Salamanca, 1994.
- Maíllo Salgado, Felipe: Vocabulario de historia árabe-islámica. Akal, Madrid, 1996.
- Maíllo Salgado, Felipe: Zamora y los zamoranos en las fuentes arábicas medievales. Salamanca, 1990.
- Maimónides: Guía de los perplejos / Guía de los descarriados. Edit. S. Sigal, Buenos Aires. 1955, Av. Corrientes 2854 (hay edición nueva española).
- Manegat, Luis G.: Las leyendas del Islam. Qaddur el loco. Editorial Árabe-Argentino "El Nilo", Buenos Aires, 1947.
- Manzano, Rafael: La Alhambra. El universo mágico de la Granada islámica. Anaya, Madrid, 1992.
- Márquez Villanueva, Francisco: El problema morisco, Al-Quibla / Libertarias, Madrid, 1991.
- Martínez N., Fernando / Noufour, Hamurabi F.: El Diccionario del Alarife. Fundación Los Cedros, Buenos Aires, 1994.
- Mieli, Aldo: El mundo islámico y el occidente medieval cristiano. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1952.
- Olagüe, Ignacio: La revolución islámica en Occidente. Fundación Juan March, Barcelona, 1974 (edición agotada, buscarla en librerías de viejos).
- Oliver Asín, Jaime: Historia del nombre de Madrid. Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Ministerio de RR.EE., Madrid, 1991.
- Peres, Henri: Esplendor de al-Andalus. Hiperión, Madrid, 1983.
- Prangey, Girault de: Recuerdos de Granada y de la Alhambra. Monumentos Arabes y Moriscos de Córdoba, Sevilla y Granada. París, 1837 (Reeditado por la Editorial Escudo de Oro, Madrid, 1985).
- Romancero morisco. Edit. Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1956.
- Rubiera, María Jesús: La arquitectura en la literatura árabe: Hiperión, Madrid, 1990.
- Sánchez Albornoz, Claudio: La España musulmana, 2 vols. Espasa-Calpe, Madrid, 1980.
- Shack, Adolf Friedrich von: Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia. Hiperión, Madrid, 1993.
- Sieveking, Oscar: Vikingos y berberiscos. Ed. Nac. G. Mistral, Santiago de Chile, 1978.

Simonet, Francisco J.: El cardenal Jiménez de Cisneros y los manuscritos arábigo-granadinos. Granada, 1885.

Simonet, Francisco J.: Historia de los mozárabes de España. Madrid, 1897-1903.

Tobal, Federico: Los Libros de Eduardo Gutiérrez: El gaucho y el árabe. Diario La Nación, Buenos Aires, martes 16, jueves 23 y martes 28 de febrero, y martes 2 y jueves 4 de marzo de 1886 (consultar en archivo del diario La Nación, Bouchard 777, 4º Piso, Buenos Aires).

Tomás, Mario: Abderrahman III. Primer Califa de Occidente. Biblioteca Nueva, Madrid, 1947.

Torres Balbás L.: Las ciudades hispanomusulmanas. Instituto Arabe de Cultura, Madrid, 1985.

Torres Delgado, Cristóbal: El antiguo reino nazarí de Granada (1232-1340), Anel, Granada, 1974.

Valdeavellano, Luis G. de: Historia de España. De los orígenes a la Baja Edad Media. Alianza, Madrid, 1980.

Valdivia Valor, José: Don Miguel Asín Palacios. Mística cristiana y mística musulmana. Hiperión, Madrid, 1992.

Vallvé, Joaquín: La división territorial de la España musulmana. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Filología. Departamento de Estudios Arabes, Madrid, 1986.

Vernet, Juan: Al-Andalus. El Islam en España. Lunwerg, Barcelona, 1992.

Vernet, Juan: Literatura árabe. Labor, Barcelona, 1972.

Villa-Real, Ricardo: Historia de Granada. Miguel Sánchez Editor, Granada, 1987.

Watt, Montgomery: Historia de la España islámica. Cambio 16, Madrid, 1992.

Zafrani, Haim: Los Judíos del Occidente Musulmán. Al-Andalus y el Magreb. MAPFRE, Madrid, 1994.

Todos derechos reservados.

Se permite copiar citando la referencia.

www.islamoriente.com

Fundación Cultural Oriente

¹ En el uso de los árabes se llama también Yazirah (isla) a las penínsulas e incluso a territorios mesopotámicos.

² En árabe: Yazirat al-Atlasi.

³ Magrib significa en árabe “lugar o momento de la puesta del sol”, es decir, geográficamente, occidente, particularmente contemplado desde el oriente musulmán. “Marruecos” viene del árabe magrib